

En «La Flecha» y «San Esteban»
restañas odios y envidias,
en el aula de Fray Luis
tu congoja se reclina,
y en tu propio auto de fe
nos quemas y te ajusticias.

¡Ay, don Miguel de Unamuno,
cómo luce tu divisa:
«Caballero de la Muerte,
Quijote de la Agonía»!

SIEMPRE RECTOR

De Vasconia plantado un recio esqueje
prendió en la renaciente maravilla,
y fue, entre cielo y tierra de Castilla,
trinidad de camino, rueda y eje.

El águila de Juan le dio su vuelo
y el búho de Minerva su mirada...

Si entre las zarzas mente desgarrada
sangre pugnante por regar el cielo.

De sombras y de luz genio coloso,
sólo él, sin que a nadie se asemeje,
indomable académica palanca,

fiel español, creyente heterodoxo,
apóstol de sí mismo, santo hereje,
siempre rector: *Miguel de Salamanca.*

Fernando BRAVO Y BRAVO

El obispo García Benito

Por RUNICO

COMO un carbón encendido tenían que purificarse mi alma y mis sentidos para estar en disposición noble de hablar de este santo varón... Se trata nada más ni nada menos que de un ilustre Prelado extremeño: Es un hombre religioso del siglo XVIII. El único documento que poseo se lo debo a un favor de una honrada y hacendosa panadera de esta villa. Se cita aquí su nombre por su temperamento afable y su buena voluntad de servicio: la señora Juana Flores me lo ha facilitado, y, gracias a su intercesión lo ha podido obtener de un primo suyo...

Así que lo tengo como oro en paño.

Tengo intención de irme bajo una encina corpulenta, de tronco nudoso, solitaria y más que centenaria, propiedad de la familia opulenta los Redondo... Allí quisiera repasar y revivir las horas gloriosas de este apacible Prelado; porque una cosa que me duele sinceramente es tro-

pezar con un corazón magnánimo, una inteligencia culta, un alma noble, en suma, un tesoro, y que reste oculto y olvidado por el desdén, la apatía, la ignorancia o la indiferencia.

Por eso he venido yo a esta gloriosa encina, que, se la conoce en toda la comarca con el nombre de "Encina nieta", tal vez por que en el día del bautizo de algún primogénito, con más seguridad de algún nieto de los señores Redondo, se cortó leña para hacer el banquete y los dulces en el horno.

Sin olvidar aquel lema franciscano de "paz y bien", yo, vengo aquí a saludar a los pajarillos, y, en una imperfecta imitación de aquel eremita portugués, que, con el correr del tiempo entraría en los altares de Padua en olor de santidad, inefable de aquel nogal, que, el Conde Tiso, su dueño, le regaló para que hiciese una celdilla o mansión entre sus nudosas ramas, procuro seguir ese cuadro de virtud propia.

La gleba alzada, y, las cepas con sus sarmientos desnudos y las florecillas silvestres alfom-

bran mi dosel. Bajo ramos numerosos, formidables tentáculos arbóreos de la gran "Encina" paladeo el elogio fúnebre pronunciado en las solemnes exequias del Ilmo. Sr. Obispo de Tuy, don Juan García Benito.

Voy a intentar por la descripción de la palabra de su devoto panegerista, el concretar y destacar algún rasgo esencial de este varón religioso.

Ante todo lo retrata con notas de bondad, afabilidad y dulzura, y, su palabra ardiente y generosa la compara con el rocío que templada y mitiga los ardores del sol. Es un hombre de mitad del siglo XVIII; el lugar de su cuna, Torre de Santa María, suelo extremeño adscrito antaño al priorato de León; sus progenitores don Juan García Benito Mena y Porras y doña Teresa García, ambos de prosapia de prez, con bienes de fortuna lo suficiente para mantener el brillo de su familia, y, sin menoscabarlos dar a sus hijos la carrera conveniente a sus deseos e inclinaciones. Hecho párroco de "Las Casas de Don Antonio" su hermano don José García Benito, fue tal la especial predilección que le mereció nuestro Ilustrísimo, que, a sus auxilios particulares debió la continuación y término de su carrera literaria sin necesidad de la protección paterna.

Estudia Gramática en la villa de Montánchez y tres años de Filosofía en el convento de Santo Domingo de Plasencia. Se familiariza en su patria extremeña con los mejores autores del siglo de Augusto, y, bien empapado, la deja ya filósofo para pasar a estudiar "Teología" en

la Universidad de Toledo, Derecho Civil en la de Sevilla y Cánones en la de Salamanca...

En la Universidad toledana cursó dos años el saber divino; tres de Derecho civil en la sevillana, en la que recibió a claustro pleno el grado de "Bachiller". Continúa sus estudios en la universidad salmantina y tras diez años de preceptos, hecho bachiller, e incorporado este grado en la de Toledo, recibió en ella el de "Licenciado en Cánones".

García Benito desde el albor de su infancia hasta bajar al sepulcro acreditó con firmeza haber heredado el pundonor de su familia, la honradez de sus padres, el carácter noble, religioso y español de sus ascendientes.

Fue abriéndose camino a costa de sus propias fatigas. Su genio era hartado, vivo, fogoso y emprendedor; oposita a becas de los Colegios Mayores en Salamanca y resulta agraciado por S. M. con una en el del Arzobispo y obtiene el destino de Maestro de estudiantes. García Benito es objeto de admiración en la ciudad del Tormes en ejercicios literarios, continuas tareas académicas, reiteradas oposiciones a cátedras de Universidad.

En 1775 se ordenó de presbítero a título de una capellanía colativa de sangre. Emprende sin dilatación la dispendiosa, pero brillante carrera de oposiciones a prebendas de oficio: ensáyase en la Corte misma; recibese al paso de abogado de los Reales Consejos; vuela a la doctoral de Plasencia. En 1783 hizo oposición a una capellanía de la

real iglesia de San Isidro de Madrid, siendo individuo de la real Academia de Cánones, sita en la Real Casa Oratoria de San Felipe Neri, se recibió de abogado por el Real y Supremo Consejo de Castilla, y, habiendo vacado la doctoral de Plasencia, fue uno de los diez y nueve opositores que se presentaron a ella.

Más la renta eclesiástica se confirió al señor don Bernabé Muzquiz, y, acto seguido el ilustrísimo señor don José González Laso Santos de San Pedro le nombró fiscal eclesiástico, único destino que tenía entonces vacante; le nombra también su vicesecretario de Cámara y le confiere el beneficio simple de San Martín de Trujillo. Promovido a la santa iglesia de Toledo el señor doctoral Muzquiz, probó suerte de nuevo e hizo oposición a la doctoral placenti-

na siendo elegido para esta prebenda el 1.º de julio de 1788, en cuya fecha tomó posesión de ella.

El dictamen de García Benito se tenía siempre en cuenta, hasta el punto de ganarse la confianza y aprobación del Cabildo en asuntos espinosos y en los pleitos y negocios de interés.

Para tratar lo más conveniente sobre restauración de los "Colegios Mayores" S. M. nombró en noviembre de 1792 una Junta compuesta del Ilmo. señor Conde de San Cristóbal como Presidente, y como vocales los señores don José de Zuzo y don Francisco Gabriel Herranz, consejeros de Castilla; del señor don Ramón de Arce, que lo era de Hacienda; del señor Conde del Pinar, alcalde de Casa y Corte, y, del señor García Benito, doctoral de Plasencia.

BÁCULO PASTORAL

A la edad de 45 años alcanza la alta dignidad de sucesor de los Apóstoles y su Majestad le otorga el Obispado de Tuy, tras haber sido consultado para las diócesis de Huesca y Canarias... El 24 de Julio de 1797 fue preconizado en Roma; el 22 de Octubre se consagró en la capital de España en la iglesia de San Felipe el Real, y, en la tarde de 26 de Septiembre del mismo año tomó posesión del mencionado Obispado, por poder, que al efecto confirió al señor doctor don Francisco Blanco, Deán y Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Tuy. Entró por primera vez en el santo templo el día 26 de Mayo de 1798 en medio

de apiñada concurrencia de feligreses... La bondad de su genio, la dulzura de sus palabras, su franqueza, su política moderada, su atención correcta, le granjearon desde el primer instante afectos y simpatías. Sentía complacencia y agrado de confundirse con la multitud; su mirar placentero; incansable en todas y en cada una de las funciones propias de su sagrado carácter.

Principió la visita general del Obispado por los arciprestazgos de Tebra, Tara y La Guardia. Su devoción al patrono de su diócesis, San Pedro González Telmo, le movió a consagrar la famosa capilla llamada del "Cuer-

po Santo", por estar construida en el sitio que ocupó la casa en que vivió y murió. Sólo el año de 1809 por hallarse fugitivo en Portugal dejó de hacer la consagración de óleos en el jueves santo... Repitió algunas veces la penosa consagración de aras.

En sus visitas era un todo para todos, arreglando diferencias, reconciliando ánimos, cortando pleitos, reprendiendo con dulzura, exhortando con unción, animando con suavidad, aconsejando con acierto, persuadiendo con eficacia para hacer a todos suave el yugo de la ley santa del Señor y ligeros sus preceptos. Se manifestó según el consejo de San Pablo, ejemplar de buenas obras en la pureza de sus costumbres, en la gravedad de su porte, en la solidez de sus consejos, y, sin dejar de la mano el volumen sagrado, que debe ser comido por los ministros del Señor, sus labios archivaron la ciencia, y, la ley buscó asilo en su corazón y en su boca. Su reserva era suma en su vida privada, se retiraba a su aposento y a puerta cerrada hacía rezos y oraciones en lo escondido según el mandato del Divino Maestro. Siempre la benignidad dictó sus providencias. El mismo era el más rígido Aristarco para enjuiciar los partos de su ingenio.

Reedificó algunas iglesias durante su prelación: las de Figueiró, Mistos, Campozancos, Burgueira, Villa de Luso, Camos, Chandebrito, Matama, Coya, Santa Comba, San Payo de Navia, Bentosela, Parderrubias y otras, con la colegiata de Vigo cuyos primeros cimientos bendijo. Dejó escritas providencias

de gran notoriedad, fue escrupuloso en el reconocimiento de iglesias, ermitas y oratorios, detenido en el examen de testamentos, fundaciones y libros parroquiales.

Viajó de modo particular a Rebordechán y Caldelas para alivio de sus males.

Durante su Obispado ordenó de "primera tonsura" mil novecientos cuarenta y dos; de grados mil cuatrocientos sesenta y cinco; de epistola mil setecientos cuarenta y siete; de evangelio mil quinientos cuarenta y cinco; de misa, mil quinientos setenta y ocho. En total, 8.277.

Con fecha 11 de agosto de 1821 se le dio parte de que S. M. en consulta de su Consejo de Estado, se había dignado conferirle el Arzobispado de Santiago, vacante por fallecimiento del M. R. Arzobispo don Rafael de Muzquiz y Aldunate. Cuatro veces renunció al Arzobispado de Santiago acompañando certificación en debida forma de los tres facultativos que le asistían en sus males.

Estableció en Tuy las dignas hijas de Vicente de Paúl e hizo particular dotación de maestras. Existe la correspondencia llevada con doña Paula Triguero, directora de las Hermanas de la Caridad en Valencia. De ella aparece el convenio para enviar dos de ellas que establecieran en ésta la enseñanza de las niñas, ocupando el edificio construido ex profeso en el sitio que antes había sido de la llamada Escuela de María. Tiene habitación propia para dos religiosas o maestras, y, dos grandes salas que ocupan la fachada principal para la reunión de las

educandas. Se regula su coste en ciento cincuenta mil reales.

El número de expósitos —según nota de su director, don Ambrosio Molinero, racionero de la Catedral de Tuy— dada con referencia a los libros de sus asientos llegó alcanzar la cifra de mil trescientos trece... El hospital antiguo de Bayona, cuyas rentas podían ajustarse de ocho a nueve mil reales al año en dinero y frutos, no tenía otro objeto que el de emplearlos en la manutención de doce pobres. Para ello se daba a cada uno nueve ferradas de centeno por año, y otros tantos de menudo, que los más se comían en sus propias casas. Este número debía estar siempre completo, y, era peculiar de los señores Obispos el proveer las plazas vacantes en quien quisieran, siendo pobres de aquella villa y del Valle de Miñor.

Entre otros proyectos de García Benito cuentan: el establecimiento de la escuela de Dibujo que puso a cargo del pintor Ruyval; la librería que hizo traer de Valladolid para que en más proporción se tuvieran libros de surtido; la cria de los gusanos de seda; el plantío de

olivos, de los que no dejó deoger en algunos años el fruto de su trabajo y finalmente el cultivo de patatas que tan general y útil se ha hecho en todo el Obispado.

Tal vez la ocasión más alta y plena de alegría fuese para el Obispo de Tuy aquella en que recibió la Real Orden de 30 de octubre de 1824; en ella, S. M. se dignaba otorgarle lo que con tanto desvelo y solicitud andaba procurando para su diócesis: Una casa de formación para futuros ministros del Señor.

García Benito se hallaba ya aquejado de continuos padecimientos y fortísimos dolores. En sus gloriosos días de senectud, con un lustro de salud quebrantada y precaria, media y conferencia sin tregua. Sosteniéndose con ardor por el corazón y el espíritu, sin más escapatoria que el irremediable declive hacia la muerte escribe del dolor cuanto hay que escribir y trabaja sin darse por vencido. —"Ya tenemos Seminario— repetía más de dos veces como fuera de sí.

Esa noticia debió ser para su espíritu el colofón más hermoso de su asendereada vida.

GARCIA BENITO, EN EXILIO

Más dejemos los documentos aúlicos y vayamos en pos del rodaje de su vida. Las circunstancias de la guerra, 1808, motivan en el suelo gallego como en el resto de España unas organizaciones o conjuntos de individuos que tratan de la Defensa y Armamento del país. García Benito fue presidente de una Junta de esta índole: tenía sus sesio-

nes en el palacio episcopal, y, en ella trabajó cuanto estuvo a su alcance y le dictó su celo por la conservación de los derechos sagrados del Rey. Puesto de acuerdo con el general de la vecina provincia de Entre-Duero y Miño, residente en Viana, el excelentísimo señor don Gonzalo Pereira y Caldas, consiguió que la nación portuguesa se pronun-

ciara con los mismos sentimientos a favor de su monarca. Para ello le suministró incluso el auxilio de tropas españolas, enviando a sus órdenes tropa de caballería e infantería de las fuerzas disponibles en la provincia. Fue llamado a La Coruña por la Junta Suprema del Reino, que residía allí; subsistió en ella como uno de sus vocales hasta el 9 de enero de 1809 en que fue preciso volver a su provincia por la proximidad de los enemigos a la plaza de La Coruña. Los reductos fortificados caen unos tras otros. Las fuerzas extranjeras, napoleónicas, se apoderan de la importante población coruñesa, y, dueñas de las más capitales de provincia no se espera mejor suerte en la de nuestro Prelado.

García Benito, sin tiempo disponible para arreglar lo concerniente al gobierno de su diócesis, dejó tan alto cometido sin restricción alguna a su provisor don Melchor María de Reboles, canónigo de la catedral de Tuy, y, en seguida dispuso lo imprescindible para emigrar al vecino reino de Portugal.

En la madrugada del día 25 de Enero de 1809 se embarcó en el Miño con dirección a Gondaren, desde donde pasó a Viana, cuyo general no sólo lo agasajó en extremo, sino que también le proporcionó la escolta conveniente para la seguridad de su persona. Tan pronto como el Ilmo. de Oporto nombrado entonces gobernador del reino Lusitano, tuvo noticia de la aproximación a aquella ciudad del Obispo de Tuy, dispuso saliera a recibirlo un teniente coronel, se cuidó con esmero para que se

hospedase en una preciosa quinta, y, el propio Prelado luso, en persona, pasó a felicitarle en ella. De resultas de esta entrevista se dispuso que sin detenerse en Oporto por la efervescencia en que se hallaban los ánimos de sus moradores, pasara a descansar al Monasterio de Canónigos Regulares en Grijó. Allí se detuvo cerca de tres veintenas de días; pero las tropas invasoras, implacables, se apoderaron de Oporto, siéndole preciso continuar su viaje hacia el interior del Reino, dirigiéndose por Oliveira y Alburgueira Vieja al famoso monasterio de Santa Cruz, también de Canónigos Regulares, que ya lo esperaban.

Coimbra, tampoco era el lugar conveniente para refugio, los alborotos y disturbios estaban a la orden del día, y, por doquier los ánimos andaban soliviantados. De ese modo se vio obligado a cambiar de dirección, caminando por las Talladas a Santiaguño: aquí fue detenido por unos paisanos armados a las órdenes de un oficial so pretexto de que caminaba sin pasaporte.

La equivocación aclarada, tomó rumbo a la izquierda y con gran trabajo llegó al convento de San Francisco de Trancoso en el que descansó un día. Al siguiente se dejó acompañar de un leguito práctico en aquellos caminos y trochas, continuó su marcha por Villafranca a Safardaón, donde fue nuevamente detenido por unos soldados, a quienes no satisfizo ya la manifestación del pasaporte.

Más, la inesperada circunstancia de conocer al obispo el

párroco de aquella villa, por ser natural de San Pedro de la Torre, pueblo vecino a Valenza, y, por ello haberle visto en no pocas ocasiones en esta ciudad, impidió el que fuera llevado como se pretendía a la ciudad de la Guardia, dos leguas distante de Safardaón.

Dirige sus pasos para Freigido, donde le detuvieron las voces de haber entrado ya los enemigos en Musela ¡Peligrosa detención! que le expuso, como a los que le acompañaban a ser víctima de dos compañías de granaderos y cazadores que al grito de "mue-ran" venían en su seguimiento.

Por fortuna, sus avanzadas se dan por conforme con la presentación del salvoconducto por la orden especial que contenía de darle el auxilio que pidiera.

La obedecieron y con la escolta de tres soldados y un cabo se decidieron ir a Musela, y, en vez de tropas enemigas se halló en ella con el general Bacelar que mandaba una división portuguesa. Le proporciona nueva escolta y prosigue la emigración a Aldea do Ponte, pueblo último lindante con la raya de parte de Ciudad Rodrigo. Traspasa la frontera, baja por Navasfrías y cruza la sierra de Gata para meterse en Hoyos. Aquí tiene un encuentro efusivo con el venerable anciano, obispo de Coria, el Ilmo. Sr. don Juan Alvarez de Castro, que lo recibió y hospedó en la misma casa que habitaba. Mas la proximidad del ejército enemigo que ocupaba las márgenes del Tajo los obligó a retirarse a una misera casa de campo distante dos leguas de Hoyos y a trasladarse precipitadamente a Valverde. Hicieron estada

en este sitio hasta que se verificó el pase de la división inglesa al mando del general Wilson. Regresaron a Hoyos y de aquí se trasladaron a Villanueva de la Sierra, donde les llegó buenas nuevas de que los enemigos habían evacuado la región gallega. En consecuencia, García Benito determinó volver a su Diócesis y traer en su compañía a su ilustrísimo hermano; pero no hubo fuerza humana ni argumentos que lo sacasen de sus casillas. Mientras el obispo de Tuy regresaba a su Diócesis, sano y salvo, ejecutando el retorno por tierras portuguesas no sin la co-razonada del inminente riesgo que corría su ilustrísimo colega, el obispo de Coria don Juan Alvarez de Castro caía víctima de horrible atentado que tiñó en sangre sus respetables canas y acabó con él.

La ciudad gallega acogió a su Prelado con vítores y aclamaciones de júbilo.

El ilustre Pastor tras las vicisitudes del éxodo hacia su entrada triunfal ante la ciudad y su rebaño... Su peregrinación mortal alcanzó la edad de setenta y cuatro años. Hallándose tomando los baños de San Martín de Caldeas se sintió gravemente indispuesto, y tras recibir la extremaunción falleció el día 12 de septiembre de 1825 a la una y media de la tarde. Al día siguiente, por la noche, el cadáver fue trasladado a su palacio episcopal: el Obispo García Benito, sus restos mortales descansan en paz en el panteón de "Señores Obispos", sito en la capilla de San Telmo, una de las más esclarecidas de la Santa Iglesia Catedral de Tuy.